

# La digna rabia con la que otro mundo se está construyendo

La idea de que es posible cambiar lo existente, es uno de los muchos sentimientos que nos llevamos quienes participamos en el Primer Festival Mundial de la Digna Rabia.

Esa posibilidad parte de saber que no estamos solos, que no enfrentamos solos a las cuatro ruedas que sostienen al capitalismo. Que así como el capitalismo es un sistema que busca por todos los medios imponerse y destruir a la humanidad, las rabias están por todos lados, combatiéndolo, resistiendo, luchando, sin claudicar, sin rendirse y con ello construyen otros caminos.

Igualmente porque quienes han hecho suya la Sexta Declaración de la Selva Lacandona son parte del movimiento anticapitalista de México y del mundo. Y confiamos en que ellos, ellas, elloas, con sus métodos, sus formas organizativas, sus prácticas y su pensamiento, construirán un camino alternativo al egoísmo utilitarista que impone el capitalismo.

La posibilidad de generar otro tipo de relación entre compañeros, porque cuando dicen no vamos a dejar solo al compañero, a la compañera, a la organización, a la lucha, lo hacen. Porque es el mismo enemigo que tenemos y somos uno solo, una sola, una sola, cuando de enfrentarlo se trata. Esa confianza que parte del conocimiento del otro, de la otra que aparentemente está muy lejos de mí, pero que durante el Festival se pudieron encontrar ver, escuchar, respetar.

Esto permite la construcción de un largo camino, que se regocija en la esperanza de saber que sí es posible. Que no nos vamos a quedar callados, que no vamos a esperar. Que hay otros caminos, que sí se puede derrotar al capitalismo, que ya lo estamos haciendo.

El conocimiento, reconocimiento y diálogo que se dio durante el Primer Festival Mundial de la Digna Rabia es fundamental en la construcción de nuevos caminos contra el capitalismo. No sólo porque la consolidación de lazos solidarios entre nosotr@s l@s de abajo, es un factor que se contrapone en sí mismo al capitalismo egoísta, desarticulador, que fragmenta y enfrenta. Sino porque durante el diálogo, la escucha y el intercambio de ideas y experiencias se van consolidando las que, en la víspera, parecían locuras, sueños, utopías. Pues, al compartirse con otros, con otras, se convierten en proyectos de futuro.

Ese tipo de encuentros renueva la voluntad de luchar, provoca que regresemos a nuestros lugares de trabajo con las pilas recargadas, el corazón henchido

para seguir luchando, experimentando, relacionándonos con aquellos que estaban lejos de nosotros, acercándonos aún más con los compañeros y compañeras que comparten veredas y luchas.

Así, l@s defensor@s de derechos humanos se encuentran y platican, comparten estrategias de defensa y trabajos para combatir los embates represivos. L@s pres@s y ex pres@s conocen a aquellos que se encuentran en las mismas circunstancias, reafirman las redes de difusión, advierten sobre las tropelías del sistema judicial, amplifican la voz de quienes se encuentran secuestrados por el poder y de quienes, desde afuera, luchan contra esas injusticias.

Los y las trabajadoras confluyen frente a la difícil tarea de develar las nuevas formas de explotación y, al mismo tiempo, entablan nuevos lazos de solidaridad con sus iguales para dejar atrás la representación corporativa que tiene como único horizonte pedir sólo los mendrugos del pastel. Frente a ello mantener la certeza de que lo que parece imposible en soledad, sí es posible: arrancar a los capitalistas todo, que no les quede nada, es decir, que el capitalismo deje de existir.

Lo mismo las mujeres, los jóvenes, los niños, los ancianos: acabar con el sistema que les dice cuál debe ser su papel, que se tienen que avergonzar de lo que son, que para ellos sólo queda un futuro lleno de carencias y limitaciones o, de plano, no hay futuro. Remontar los estereotipos para construirse como personas libres, creativas, capaces de construir algo que no se parezca a lo que hoy se vive.

Los campesinos que, como sus compañeros obreros, se enfrentan al despojo acompañado por el desprecio. Pero, al mismo tiempo, compartiendo desde su cosmovisión nuevas veredas, nuevos espacios, formas distintas de relacionarse.

Los pueblos indios, los guardianes de la tierra, la cual —como nos explicó el Teniente Coronel Insurgente Moisés—, también existe en las grandes

ciudades. Los que no tienen nada que perder y, por eso, son los que más claramente están planteando la idea de una nueva política que propone que, para llevar a cabo un cambio radical del país y del mundo, es indispensable comenzar ya. Y que, por lo tanto —entendiendo que no es posible conformarse con cambiar su situación local—, plantean que es indispensable cambiar al mundo, no con la visión de que “otro mundo es posible”, sino con la visión de que “otro mundo se está construyendo”.

Durante el Festival, compartimos la rabia acumulada. Los golpes, retrocesos, la explotación, el despojo, el desprecio, la represión. Compartimos las experiencias y, al conocer y conocernos, se abrieron nuevas ventanas que no existían, pero que ya estaban ahí, que solamente requerían de nuestro esfuerzo para abrirlas. Ante nuestros ojos pasaron cientos de rebeldías, de acciones de insumisos e insumisas, de los irreductibles, de aquellos y aquellas que, con su lucha, van abriendo espacios de esperanza.

Esos espacios existen a pesar de la brutalidad policíaca, de que las fábricas sean las nuevas cárceles de los trabajadores, del despojo de la tierra, el agua, el aire, el genoma. Del desprecio que permite que gente con poder decida matar indios bajo cualquier excusa.

Para ellos, para ellas, para quienes ya están gritando su rabia, para quienes la gritarán sólo queda decirles que ya iniciamos un camino de muchos colores, que lo seguimos construyendo. Que sí se puede, que juntos lo lograremos. Que desde ya estamos destruyendo al capitalismo.

Festejamos todo lo que sucedió en este Primer Festival Mundial de la Digna Rabia, esperamos muchos más diálogos, la construcción incesante de nuevas redes, de nuevas experiencias, de muchos caminos, abajo y a la izquierda. Pero, sobre todo, de nuevas explosiones sociales que, por fin, pongan al capitalismo en el lugar que merece: en el basurero de la historia. ★